



VA

AAE 2134

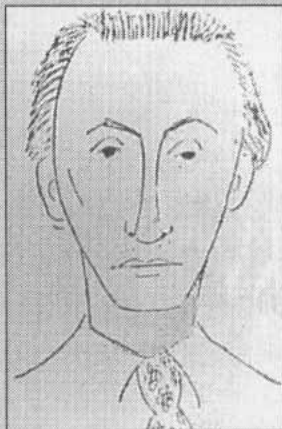
# La Dispersión del Yo

Omar Cáceres: Defensa del ídolo.  
Edición preparada por Pedro Lastra.  
Santiago, LOM Ediciones, 1996. 70 págs.

1906-43

La reedición de Defensa del ídolo es, sin lugar a dudas, una estupenda labor de rescate. Gracias al sostenido esfuerzo del poeta Pedro Lastra, la tradición chilena ha recuperado un libro ya mítico de nuestra poesía (su primera edición data de 1934), cuyo autor es, asimismo, un mito: ¿Quién fue Omar Cáceres? ¿Por qué nunca se han aclarado las circunstancias de su asesinato? ¿Qué datos podrían, casi entrando al próximo siglo, reconstruir esa biografía casi secreta? No hay que lamentar mucho, sin embargo, esta falta: de Omar Cáceres nos han quedado, como único tesoro-regalo y ofrenda- los quince poemas que conforman Defensa del ídolo, libro que es el colorido de una vida cuyo discurrir fue sólo fragmentario porque en él tenemos una de las más extraordinarias muestras de la dispersión del yo poético.

Omar Cáceres lo supo muy bien: cada vez que alguien dice "yo" está revelando -como diría Octavio Paz- la secreta hendidura por la que nos despeñamos. Cáceres -que según el crítico venezolano Miguel Gomes pudo habernos dado con su solo libro un movimiento de vanguardia a los hispanoamericanos- fue, como Pessoa, su contemporáneo portugués, un vanguardista con la mirada de un niño de diez mil años. El chileno no materializó a ningún heterónimo pero sí interpeló constantemente a ese otro que se asoma cuando estamos frente a su espejo: "Hermano, yo, jamás llegaré a comprenderte; /veo en tí un tan profundo y extraño fatalismo,/ que bien puede que fueras un ojo del Abismo./ o una lágrima muerta que llorara la Muerte". Ese tú que es el yo se dispersa infinitamente a lo largo de estos poemas y nos entrega la extraordinaria evidencia: a cada minuto el hombre es otro, múltiple y cambiante: no nos miramos dos veces en los mismos ojos: "Porque ahí estoy, oh monumento de luz, / siempre hacia tí inclinado, extranje-



Omar Cáceres

ro de mí mismo, / presto a tu súbita irradiación de espadas (...).

Hay aquí un extraño poema titulado "Anclas opuestas" que habla -gran gesto vanguardista- de un automóvil que va por la carretera. Quizá serán pocos los poetas chilenos que en esa época -con la sola excepción de Huidobro, que no por casualidad prologó este libro en 1934- rendían culto a las novedosas maquinarias. Pero en Cáceres no encontramos el infantil entusiasmo huidobriano: hay aquí unas gotas de ironía que acercan a Cáceres, una vez más, a Pessoa; ¿cómo no recordar, al leer "Anclas opuestas", el famoso poema "Al volante..." de Alvaro de Campos? Dice de Campos: "Al volante de Chevrolet por la carretera de Sintra, / A la luz de la luna y del sueño en la carretera desierta, / Manejo solitario, manejo casi despacio y un poco (...)". Y dice Cáceres: "Ahora que el camino ha muerto, / y que nuestro automóvil reflejo lame su fantasma, / con su lengua atónita, / arrancando bruscamente la venda del sueño". Ni influencia ni copia: cierto aire de familia espiritual. Cáceres y Pessoa, sin conocerse ni sospecharse el uno del otro, presenciaron el mismo paisaje -valle encantado o maldito- donde el yo se disuelve para transformarse.

Marcelo Pellegrini

MAC LEAN

el Mercurio, Valparaíso, 23-III-1997 p. C9